

*Las niñas buenas
no cambian el mundo
se necesita algo más...*



lynne hybels



Vida[®]

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

LAS NIÑAS BUENAS NO CAMBIAN EL MUNDO

Edición en español publicada

por Editorial Vida -2008

Miami, Florida

© 2008 por Lynne Hybels

Originally published in the U.S.A. under the title:

Nice Girls Don't Change the World

Copyright © 2005 by Lynne Hybels

Published under a license from Willow Creek Association

Traducción: *Adriana Tesore*

Edición: *Natalia Carrá*

Diseño interior y adaptación de cubierta: *Cathy Spee*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.

© 1999 POR SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN - 978-0-8297-5261-8

CATEGORÍA: VIDA CRISTIANA / ASUNTOS DE MUJERES

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

08 09 10 11❖6 5 4 3 2 1



QUISIERA CONTARTE acerca de alguien a quien solía conocer muy bien.

Era una niña buena: obediente, amable y socialmente aceptable. Algunos podrían decir que era un poquito reservada; pero sumamente agradable, sin lugar a dudas. Era en verdad una niña buena.

.....

Eso sí, su mirada por momentos parecía vacía y sus palabras a veces sonaban, bueno... no falsas en realidad, pero quizás un poquito apagadas y sin brillo.

De acuerdo, a veces tengo la sensación de que se dejaba llevar por las circunstancias de la vida, pero eran circunstancias muy agradables y buenas. Todos la apreciaban.

Tenía la asombrosa capacidad de mantener a casi todo el mundo feliz la mayor parte del tiempo, aunque en verdad ella no parecía ser demasiado feliz. No obstante, yo podría estar equivocada al decir esto, porque ella siempre sonreía. No creo haberla escuchado reír, y nadie jamás adujo que estuviera perdidamente enamorada de la vida. Sin embargo, su sonrisa era encantadora.

.....

Se preocupaba mucho por los demás, aunque lo hacía de manera pasiva. No era la clase de persona que pondría el mundo patas para arriba.

Aun así, era una niña muy buena.



.....

Lo que quiero decir es que, como ya lo habrás adivinado, *yo* era una niña muy buena.

Una niña buena. No hay nada de malo en ser una niña buena, en especial si uno tiene en cuenta las alternativas:

¿Una niña pícara?

¿Una niña cruel?

¿Una niña mala?

¿Quién querría ser así? Yo no.

Por supuesto que no.

Lo que deseaba era ser una niña piadosa. Desde que me convertí en cristiana a la edad de siete años, quise agradar a Dios y me tomé ese deseo bien en serio.

.....

Una niña buena

Crecí entre los años 50 y 60 en una pequeña ciudad de Michigan, donde asistía a una iglesia linda en muchos sentidos. Sin embargo, durante los años en que yo era más impresionable, las predicaciones versaban mucho sobre el fuego y el azufre del infierno. Escuché hablar mucho sobre el pecado y el castigo, la culpa y la vergüenza.



Era una niña sumamente sensible. Basándome en lo que había escuchado de Dios, llegué a la conclusión de que la única manera de ganarme el favor de esta deidad tan exigente y con un corazón tan duro era trabajando mucho, siendo muy buena y andando por el camino recto y angosto.

Y así lo hice. A los diez años de edad cambié mis zapatillas de danza por una flauta, porque me habían enseñado que bailar era pecado, mientras que hacer música era una forma aceptable de adoración. De ahí en más, me esforcé muchísimo por tomar, según yo consideraba, decisiones en la vida que honraran a Dios. Si había reglas que cumplir, las cumplía. Si ha-

.....

bía placeres que abandonar, los abandonaba. Si había trabajo para hacer, lo hacía. Estaba decidida a ganarme el amor de Dios.

También estaba convencida de que parte de ganarme el amor de Dios era ganarme el amor de los demás: agradando a todos, haciéndolos felices y siendo muy buena.



Todas las mañanas al levantarme, oraba: *Querido Dios, ¿qué debo hacer hoy? Solo dímelo y lo haré. Lo que sea.* Muy rara vez obtuve una respuesta clara, lo cual me resultaba terriblemente frustrante porque estaba consciente de lo importante que era hacer las cosas bien. ¿Cómo podría cobijarme bajo el paraguas del favor divino si no hacía todo bien?

De manera que seguí intentando.

Lo hice durante años: oraba, leía mi Biblia, trabajaba y me esforzaba cada vez más con la esperanza de que un día experimentaría lo que suponía era toda esta cuestión de ser cristiano. Tenía la esperanza de que un día sentiría el amor de Dios, lo percibiría en lo

.....

profundo de mi ser y al fin sería capaz de descansar en él.

Sin embargo, uno solo puede trabajar duro y esforzarse por procurar amor por un tiempo. A la larga, pierdes las fuerzas. Y eso me pasó a mí.

Cuando llegué a ese punto, ya había sido la esposa de un pastor durante diecisiete años. A los veintidós, estuve encantada de casarme con un hombre que, como yo, tenía un llamado al ministerio. Jamás consideré que iniciar una iglesia fuera una obligación debido a con quien me había casado; era algo que yo *deseaba* hacer. Sin embargo, luego de dieci-

.....

siete años estaba tan exhausta que ni siquiera deseaba salir de la cama. Es más, para ser sincera, no quería seguir viviendo. Más tarde comprendí que lo mío no era cansancio, sino que padecía una depresión severa.

La mayoría de la gente desconocía mi estado. Conseguía mantener la conducta de niña buena, aunque por dentro las cosas no andaban para nada bien. Luchando contra el mito tan difundido de que solo aquellos que padecen una enfermedad mental declarada son los que buscan ayuda profesional, decidí consultar a un consejero cristiano.

.....

En las sesiones de consejería escuché por primera vez que había una alternativa a ser una «niña buena», y no tenía nada que ver con ser pícara, cruel o mala.

Una buena mujer

Lo opuesto a una niña buena, según aprendí, es una «buena mujer». Ser una buena mujer significa cambiar la conducta segura, pasiva y complaciente por el poder dinámico de la verdadera bondad. Significa pasar de la debilidad e inmadurez de una niña a la fortaleza y madurez de una mujer.



Mientras que una niña de cualquier edad vive según el guión que aprendió de pequeña —un guión que demasiadas veces está enraizado en la impotencia—, una mujer reconoce y acepta su poder para cambiar, crecer y convertirse en una fuerza benigna en el mundo.

Mientras que una niña buena tiende a vivir según la voluntad de los demás, una buena mujer tiene un solo objetivo: discernir y vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

Una buena mujer sabe que su llamado final en la vida es ser parte del plan de Dios para redimir todas las cosas en este mundo afectado por el pecado.

Una buena mujer sabe que no puede serlo

.....

todo para todos, y que puede, por cierto, desagradar a aquellos que consideran que ella debe ser buena. No es estridente, ni mezquina ni exigente, sino que vive de acuerdo con sus convicciones. Sabe que el Jesús a quien sigue fue un revolucionario que jamás intentó mantener a todos contentos.

Esa imagen de una buena mujer me provocó deseos de ser una. Me hizo desear crecer y cambiar la aceptabilidad inocua de la niña buena por el poder y la pasión de la verdadera bondad que transforma el mundo.

Tenía treinta y nueve años cuando ingresé a la oficina de mi consejero y dije: «Me esforcé muchísimo por hacer que todos sean felices,

.....

pero me siento desdichada y quiero morir». Pasé la década de mis cuarenta años tratando de salir de aquel pozo. Ahora, a mediados de los cincuenta, he descubierto que crecer es un proceso continuo que todavía no ha acabado. No obstante, en el camino de convertirme en una buena mujer, he aprendido algunas cosas.

.....

.....

*La vida de una buena mujer está fundada
en el amor de Dios.*

He aprendido que la vida de una buena mujer se basa en el amor de Dios. Cuando tenía treinta años, podría haber afirmado que mi vida estaba fundada en el amor de Dios porque eso era lo que creía mi mente adulta. Mi teología racional y adulta me aseveraba que Dios me amaba.

No obstante, en realidad no vivía lo que mi mente adulta creía, sino lo que mi mente infantil creía. Se trataba de una teología que no estaba fundamentada en la seguridad del amor

.....

de Dios, sino en mi propio esfuerzo desesperado por ganarme ese amor. Luego de casi treinta y cinco años de esa clase de esfuerzo, estaba física, emocional y espiritualmente exhausta.

La primera cosa que me dijo mi consejero (muy enfático, debo aclarar) fue que abandonara la rutina y descansara. Estas debieron de haber sido buenas noticias; pero no fue así. El Dios de mi infancia no me permitiría descansar. Este Dios exigía acción, servicio, trabajo, esfuerzo. Descansar era algo que quedaba absolutamente fuera de toda consideración. Sin embargo, estaba consciente de que necesitaba descansar, sabía que necesitaba hacer un cambio radical en mi vida. No podía enfrentar el

.....

futuro si este iba a ser una repetición del pasado. No podría hacerlo.

Cuando pensé en aceptar el descanso que necesitaba con tanta desesperación, sabía que exigiría una decisión memorable y aterradora: solo podría descansar si abandonaba al Dios de mi infancia.

En un caluroso día de verano de 1991, me acosté en la cubierta de un pequeño velero, miré las nubes y hablé con el Dios de mi infancia:

«Ya no puedo más» le dije. «No puedo seguir esforzándome por tu amor. Quizás en alguna parte haya un Dios que no drene la vida de las personas, pero no sé quién es ese Dios. Tú eres el único Dios que conozco, y no puedo llevar más *tu* carga».

.....

Jamás había expresado que Dios fuera una carga. Conocía las palabras correctas para decir acerca de Dios: *Dios es mi fortaleza, mi refugio, mi ayuda en momentos de necesidad. Dios es mi padre lleno de gracia, mi madre*



.....

llena de ternura y el que ama mi alma. Sin embargo, a pesar de estas frases benévolas que conocía tan bien, en realidad sentía a Dios como un peso horrible que me doblegaba.

De manera que di la espalda al Dios de mi infancia. No estaba tratando de ser rebelde; si hay algo que nunca quise ser fue rebelde. No obstante, ya no podía seguir llevando la carga de una deidad tan severa y demandante.

Como la suprema niña buena que se esforzaba tras el favor divino, no fue poca cosa darle la espalda a Dios. No difundí esta decisión. Seguía siendo la esposa del pastor. No quería confundir a las personas ni hacer tambalear la fe de alguno; pero estaba exhausta de un Dios que a diario

.....

me exprimía la vida y me sentía demasiado agotada para conseguir un reemplazo.

Al mirar atrás, lo analizo de la siguiente manera: el verdadero Dios, en su gracia, me dejó en libertad. Aun en mi desesperación, no creo que hubiera tenido el valor para abandonar al Dios de mi infancia a menos que el Espíritu de un Dios diferente me haya susurrado al oído: *Te comprendo. Reconozco la necesidad de tu alma de ser purgada y sanada de las heridas del falso Dios. Así que, hazlo. Dame la espalda. Aléjate. Todo va a estar bien.*

Entonces arrojé la carga del Dios de mi infancia y descansé. Seguía teniendo tareas y obligaciones para las que, sencillamente, de-

.....

bía reunir la energía necesaria para hacerlas. Sin embargo, siempre que fuera posible, hacía lo único para lo cual tenía energía: sentarme en una mecedora y mirar por la ventana.

Al principio me sentí horriblemente culpable por estos momentos improductivos. Trataba de luchar contra el agotamiento. Pensaba: *Muy bien, hoy volveré a estar ocupada. Demostraré una vez más mi valor. Volveré a ir tras el amor de Dios.* Sin embargo, no podía hacerlo. No tenía la energía suficiente. Entonces, una vez más, en los momentos libres de día, ocupaba mi lugar junto a la ventana.

Me sentaba ahí y observaba cómo las hojas del verano iban adoptando los colores del oto-

.....

ño, y la lluvia de otoño se convertía en nieve. Miraba los pájaros que se posaban en el manzano silvestre y las ardillas que jugaban a las escondidas en mi jardín. Seguía sintiéndome culpable y totalmente inútil, pero no podía negar que algo muy profundo comenzaba a agitarse en mí a medida que me dedicaba a contemplar las bellezas naturales.

Cuando el otoño dio paso al invierno, encendí el fuego en el hogar, escuché música, bebí a sorbos humeantes tazas de té y me deduje largo rato a hojear libros de arte. Sola en mi cuarto, con las cortinas corridas, a veces incluso bailaba. Me volví a sentir como una niña pequeña, no como la niña buena que

.....



buscaba agradar a los demás, sino como una pequeña juguetona que era libre para disfrutar de los simples placeres de la vida. Y cada vez me convencía más de que así necesitaba ser.

Y sucedió algo asombroso. Mi cuerpo comenzó a recuperarse, e incluso también mi

.....

alma volvió a la vida, y al hacerlo, comencé a sentir anhelo por Dios de nuevo. No por el Dios de mi infancia, por cierto; pero sí por algún Dios. Sola en la cama a la noche, cuando Bill estaba de viaje y los niños dormían, a veces tenía la sensación de que había una Presencia en el lugar, que no estaba sola en el universo, que había algo, alguien, hacia quien mi alma se sentía atraída.

Decidí abrir apenas una hendidura de mi corazón ante esta misteriosa Presencia, sabiendo que si percibía una sola sílaba de la demandante retórica de mi Dios infantil, podía cerrar de inmediato la puerta de mi corazón... y estaba absolutamente preparada para hacerlo.

.....

Sin embargo, decidí correr un pequeño riesgo.

En aquel vacío, susurré apenas dos palabras: «Soy yo».

Lo que escuché (o percibí) en respuesta fue un susurro tan débil como el mío: *Te amo —me dijo—. Aquí y ahora. Te amo tanto que quiero que descanses. Deseo que te sientes y recibas el refrigerio de mi creación. Quiero que escuches música. Quiero que bailes en la quietud de tu habitación. Quiero que seas como un niño, seguro y libre en la presencia de un amantísimo padre.*

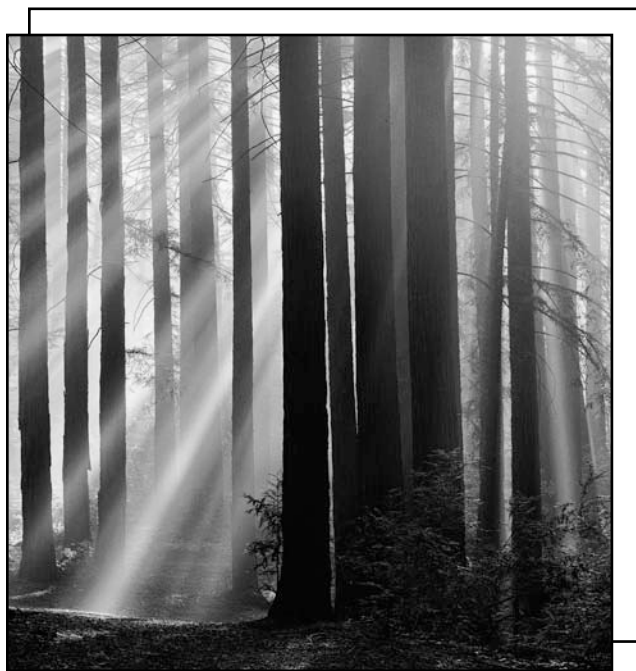
Quiero que sepas que durante todos aquellos años en que trabajabas tanto para inten-

.....

tar agradarme, yo trataba de decirte que te relajaras. Vi cómo ibas destruyéndote desde adentro e intenté detenerte. Sin embargo, las numerosas voces falsas de tu cabeza ahogaron la única voz verdadera que provenía de tu corazón.

Yo no era el que hacía restallar el látigo, el que te decía que te esforzaras más, el que te hacía sentir culpable cuando descansabas. Yo era el que te observaba, que te conocía, que confiaba en ti y que anhelaba reponer tus energías. Yo era el que trataba de mullir tu almohada, de arrojarte con la manta y decirte que era hora de descansar. Yo era el que intentaba amarte.

.....



*Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.*



Editorial Vida®
.com

Editorial Vida
8410 NW 53rd Terrace, Suite 103
Miami, Florida 33166

Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com